

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Los EUA y la Pentagonización de América Latina.

Padrós, Enrique Serra (Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Brasil).

Cita:

Padrós, Enrique Serra (Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Brasil). (2007). *Los EUA y la Pentagonización de América Latina. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/880>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XIº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007-03-30

Título: Los EUA y la *Pentagonización* de América Latina

Mesa Temática Abierta: 96 – Pensar los Estados Unidos desde una perspectiva sudamericana

Universidad, Facultad y Dependência: Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS)/Instituto de Filosofia e Ciências Humanas (IFCH)/Departamento de História

Autor: PADRÓS, Enrique Serra. Profesor Adjunto.

Dirección: Rua Francisco Ferrer 290/01 – Porto Alegre/Rio Grande do Sul (Brasil) - Código Postal: 90420-140

Telefono: 33309534

Correo Electrónico: lola@adufrgs.ufrgs.br

LOS ESTADOS UNIDOS Y LA PENTAGONIZACIÓN DE AMÉRICA LATINA

Enrique Serra Padrós*

INTRODUCCIÓN

Este texto discute el papel de Estados Unidos de América (EUA) en el proceso histórico que origina las dictaduras de Seguridad Nacional del Cono Sur. Lo hace desde el análisis de los intereses concretos de EUA en la región (contexto de la Guerra Fría) y a través de las pautas esenciales de su política externa: la política de contención de la URSS y del comunismo y la reestructuración del capitalismo alrededor de su liderazgo e intereses.

Inicialmente debe destacarse la evolución de las orientaciones específicas que marcaron las relaciones de EUA con América Latina plasmadas en acuerdos como: el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR); la proposición de desarrollo y seguridad inscripta en la Alianza para el Progreso (ALPRO); las políticas de contrainsurgencia y de acción cívica; el Informe Rockefeller; etc. En la práctica, ponen énfasis en el anticomunismo,¹ en la seguridad y en la imposición de una estabilidad social y

* Profesor de Historia Contemporánea. Departamento de História/Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS).

¹ Se entiende por “anticomunismo” un fenómeno que va más allá de una simple oposición a la ideología y a los objetivos comunistas. Durante la Guerra Fría, particularmente, en el plano internacional, el anticomunismo es criterio inspirador de una política planetaria cuyos objetivos son simultáneamente: a) la contención de la URSS y de sus aliados; b) la interferencia en los negocios internos de cada uno de los países, con finalidades preventivas o coercitivas. Ver: BOBBIO, Norberto; MATTEUCCI, Nicola e PASQUINO, Gianfranco. **Diccionario de política**. Brasília: Editora Universidade de Brasília, 1986. p. 34-35.

política confiable para las inversiones internacionales. Es visible, en la política externa de EUA, la estrecha vinculación entre intereses económicos y militares-estratégicos. En este sentido, la búsqueda de mercados fue acompañada por demandas generadas por la Guerra Fría: control sobre zonas energéticas, bases militares, enclaves geopolíticos, etc.

Esta dinámica se proyecta sobre un escenario latinoamericano de deterioración social y de cuestionamientos del orden vigente. Son protestas que reflejan el estancamiento de las políticas económicas marcadas por ciertas posibilidades de industrialización durante la guerra y que habían tenido resultados variados en el Cono Sur.

Desde los años 50, una serie de orientaciones emanadas del centro de poder norteamericano impactaron América Latina. En ese periodo fueron definidos con mayor rigor los elementos constitutivos de la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN). También se configuró la materialidad del complejo militar-industrial (CMI) que, aún en fase inicial, ganaba notoriedad ante el temor que su poderío irradiaba, hecho divulgado por el propio presidente Eisenhower, al concluir su mandato.

Hasta el último conflicto mundial, los Estados Unidos no poseían una industria de armamentos. Cuando era necesario, los fabricantes americanos de carretas podían producir también espadas. Pero ya no podemos seguir corriendo el riesgo de unas improvisaciones de urgencia en el aspecto de la defensa nacional. Por lo tanto, nos hemos visto obligados a crear una industria de armamento de vastas proporciones y trabajando permanentemente. A ello se añaden los tres millones y medio de hombres y mujeres directamente enrolados en los efectivos de la defensa. Solamente para nuestra seguridad militar gastamos más que las rentas netas de todas las sociedades americanas. Esta conjunción de un personal militar considerable y de una importante industria de armamentos constituye un hecho nuevo en la experiencia americana. Su influencia – económica, política e incluso espiritual – se deja notar en todas las ciudades, en todas las asambleas legislativas de Estados, en todas las oficinas del Gobierno federal.

Al constatar semejante poder, Eisenhower advertía:

[...] Nunca debemos permitir que este complejo militar-industrial ponga en peligro nuestras libertades o nuestros métodos democráticos. [...] Sólo unos ciudadanos alertas y bien informados pueden romper este autentico engranaje de la gigantesca máquina industrial y militar de la defensa, con ayuda de métodos y objetivos pacíficos, de modo que la seguridad y la

libertad puedan prosperar al mismo tiempo.²

Como afirma Fred J. Cook, el CMI se transformó en un poder irresistible para los sucesivos gobiernos de EUA.³

Los sucesos relativos a la Revolución Cubana y las relaciones del nuevo régimen con los EUA (invasión de Bahía de Cochinos, expulsión de la OEA, Crisis de los Misiles, etc.) aceleraron el cambio del perfil interventor estadounidense en América Latina (sin olvidar los trágicos antecedentes de los años 50: las caídas de Arbenz y Perón y el suicidio de Vargas). En la década del 60 la potencia 60 mostró la determinación de evitar lo que se llamó “cubanización” de América Latina. El apoyo de los EUA al golpe de Estado en Brasil y el comando de la invasión a la República Dominicana confirmaron un nuevo patrón de relación donde se combinaron, durante cierto tiempo, mecanismos de preservación de la democracia, al menos en sus aspectos formales, con otros de perfil represivo y contrainsurgente. En realidad, el fracaso de la Alianza para el Progreso (ALPRO), verificable al final de la década, definió el abandono de los sistemas democráticos formales en beneficio de salidas autoritarias, eficientes en la lucha contra el comunismo y en la consolidación de un orden interno.

PENTAGONIZACIÓN

La expresión “pentagonización” (de América Latina) - recurso conceptual que confiere centralidad a la estructura de fuerza del poder de EUA -, deriva de una primera lectura realizada por el ex-presidente dominicano Juan Bosch,⁴ quién presenta la idea de “pentagonismo”, modalidad del capitalismo que, en la pos-guerra, substituyó la noción de imperialismo (en la clásica definición de Lenin). Para Bosch, el “pentagonismo” es el producto del capitalismo super desarrollado que “[...] se diferencia del imperialismo en lo que éste tenía de más característico, que era la conquista militar de territorios coloniales y su subsiguiente explotación económica. El pentagonismo no explota colonias: explota a su

² EISENHOWER apud JULIEN, Claude. **El imperio americano**. México: Grijalbo, 1969. p. 403.

³ COOK, Fred J. **O Estado militarista**. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1968.

⁴ BOSCH, Juan. **El pentagonismo**. Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1968.

propio pueblo. Este es un fenómeno nuevo [...].”⁵

El argumento de Bosch reconoce que el “pentagonismo” hace la guerra contra otro Estado y, en esto, no se diferencia del imperialismo clásico. Pero agrega lo que le parece ser un cambio cualitativo en la finalidad de tal acción:

La guerra se hace para conquistar posiciones de poder en el país pentagonista, no en un territorio lejano. Lo que se busca no es un lugar donde invertir capitales sobrantes con ventajas; lo que se busca es tener acceso a los cuantiosos recursos económicos que se movilizan para la producción industrial de guerra; lo que se busca son beneficios donde se fabrican las armas, no donde se emplean, y esos beneficios se obtienen en la metrópoli pentagonista, no en el país atacado por él.⁶

Hay una segunda lectura sobre la idea de “pentagonismo”/“pentagonización” que consideramos mas precisa, en términos históricos; es la de Gabriel Ramirez. Este autor cuestiona la afirmación de Bosch de que el “pentagonismo” substituye al imperialismo. Al contrario: “El pentagonismo es una fuerza paralela al imperialismo que viene en su auxilio como puntual estabilizador.”⁷ Según Ramirez, el “pentagonismo” es el complejo militar-industrial que atraviesa todos los niveles de la sociedad norteamericana y se proyecta para el exterior con el objetivo de mantener la hegemonía mundial de EUA. Consecuentemente, la imposición de una lógica de “pentagonización” en América Latina exige convencer a los sectores dominantes de la región, de la sincronía entre sus intereses y los de la superpotencia en el escenario de la Guerra Fría (como, por ejemplo, la defensa de los valores de la civilización cristiano-occidental). Simultáneamente, se apunta a la necesidad de realizar una intervención quirúrgica que extirpe las raíces exógenas de un sistema político deformado por la permisividad con aquellos identificados como “enemigos internos”.

Paradójicamente, en nombre de una supuesta defensa de la democracia, esta sufre una interdicción parcial o total y precisa ser substituida por regímenes autoritarios que permitan el saneamiento político y protejan a la “nación agredida” por el comunismo internacional y sus “agentes locales”. A pesar de que este es uno de los argumentos más reforzados por el discurso golpista cabe registrar, también, la profunda preocupación de los

⁵ Idem, p. 11.

⁶ Idem, p. 12

⁷ RAMIREZ, Gabriel. **Las Fuerzas Armadas uruguayas en la crisis continental**. Montevideo: Tierra Nuestra, 1971. p. 6.

grandes intereses económicos internacionales (principalmente de EUA y sus socios internos) con la estabilidad política y la agitación social creciente que resiste la imposición de los nuevos patrones de explotación resultantes de la reestructuración capitalista mundial.

Convencidos y cooptados los sectores dominantes, al mismo tiempo, se desarrollan mecanismos de gradual atracción, articulación o ampliación de las relaciones preexistentes entre las estructuras envueltas directamente con la seguridad y la represión interna. En esencia, la “pentagonización” de América Latina significó el establecimiento o ampliación de una compleja red de relaciones que comprenden intercambio de información, oferta de material militar y munición, entrenamiento para fines de seguridad, instrucción para acciones encubiertas, acceso a las escuelas estadounidenses criadas para ese fin, disponibilidad de líneas de crédito específicas, etc. Esa red contó con la participación de sectores, protagonistas e instituciones que, en cada uno de los países del Cono Sur, se vinculaban a las funciones de seguridad e información.

Es importante destacar, todavía, que la relación de EUA con los países de la región variaba según la capacidad de negociación de cada uno de ellos, así como de aspectos coyunturales, que podían ser más o menos favorables; esto produjo semejanzas que no esconden la complejidad de cada caso. De cualquier forma, el énfasis en los particularismos no podía desconocer la existencia de ciertas tendencias generales, comunes entre si. Pensar la “pentagonización” de las fuerzas de seguridad continentales exigía reconocer el protagonismo de sus decisiones cuanto al impacto producido sobre la sociedad latinoamericana.

En la posguerra, el control económico de áreas productoras de minerales y de materias primas estratégicas, de mercados consumidores, de zonas para inversión financiera y de redes comerciales planetariamente integradas reforzó una estrategia basada, cada vez más, en el factor militar. Cabe recordar que el mecanismo colonial clásico (control territorial) estaba en franco retroceso en ese periodo y que Estados Unidos, además del confronto con la URSS, estaba reorganizando el mundo capitalista a través de su imposición hegemónica delante de otras economías nacionales competitivas, aunque conmovidas aún por la guerra.

Fue en este doble desafío que se destacó el factor militar, instrumento que contribuyó como factor tanto de “contención” del expansionismo soviético como de

defensa y garantía de control de la zona de dominio económico. Entretanto, el factor militar tuvo un punto de inflexión mucho más profundo a través del denominado CMI, estructura productiva resultante del enorme esfuerzo de guerra realizado por EUA; una vez terminado el conflicto, no hubo reconversión de esa estructura para tiempos de paz y, peor, se transformó en el principal polo dinámico de su poder económico. La continuidad de la producción bélica subordinó a los demás sectores industriales y se consolidó como sector clave de la actividad económica y de la investigación científica.⁸ En otras palabras, pasó a ser el motor y centro nervioso de la estructura del capitalismo estadounidense del posguerra y, consecuentemente, un sector fundamental en la reestructuración capitalista planetaria.

Partiendo de este escenario, la “pentagonización” de América Latina sobrepujó, en el tema seguridad, el objetivo puramente militar pues también persiguió, como objetivo, la ampliación de lucros. Así, Ramirez admite que las posibilidades de realización de lucro a través de los efectos directos e indirectos de la “pentagonización” son más amplios que aquellos reconocidos por Juan Bosch,⁹ que los restringe al interior de la metrópoli (EUA). Ramirez defiende que el “pentagonismo” lucra dentro y fuera de fronteras:

El pentagonismo se afianza dentro y fuera de fronteras, cumpliendo entonces objetivos dobles: balas, tanques, aviones, barcos, se fabrican en el país pentagonista y allí mismo se recogen los fabulosos dividendos que producen los contratos; pero más lejos, allá donde los materiales son utilizados para sembrar destrucción y muerte, un nuevo puesto de avanzada imperialista se establece y mayores ganancias se acumulan a favor del poder agresor.¹⁰

De esta forma, además de bloquear cualquier avance comunista en la región, se reafirmaba el poder industrial y militar de la superpotencia asegurando la oferta de productos a bajo precio, obteniendo máxima rentabilidad de sus inversiones regionales y garantizando la docilidad de los Estados clientes.¹¹

Con el comienzo de la Guerra Fría, EUA pasaron a defender la tesis de que su seguridad estaba amenazada en cualquier parte del mundo donde el comunismo acechaba. Esto llevó a una estrategia planetaria de contención soviética mediante la conformación de bloques militares de países aliados. En América Latina se estructuró el TIAR, que

⁸ JULIEN, op. cit., p. 414.

⁹ BOSCH, op. cit.

¹⁰ RAMIREZ, op. cit., p. 7.

¹¹ JULIEN, op. cit., p. 416.

establecía que “[...] cualquier ataque armado por parte de cualquier Estado contra un Estado americano sería considerado un ataque contra todos los Estados americanos [...]”.¹² La Guerra da Corea profundizó lazos de dependencia de los ejércitos latinoamericanos promoviendo programas de ayuda económica y militar de los EUA. La aprobación de la “Ley de Seguridad Mutua” por parte del Congreso norteamericano, en 1951, posibilitó convenios bilaterales (Programa de Ayuda Militar-PAM) que garantizaron la oferta de material bélico utilizado para derrumbar administraciones hostiles a EUA y para reprimir movimientos sociales opositores a los gobiernos “amigos”, junto con el envío de consejeros militares que, no raramente, interfirieron en asuntos de política interna.¹³ Así se fue comprometiendo la autonomía de las fuerzas armadas latinoamericanas que, gradualmente y de forma diferenciada, eran inseridas dentro del proceso de “pentagonización”, volviéndose cada vez más dependientes del ejército estadounidense. El suministro de armamento, piezas de reposición e equipamientos adicionales, junto con el entrenamiento de oficiales en las academias norteamericanas, fueron complementados por acuerdos militares bilaterales e interamericanos que buscaban uniformizar suministros, maniobras, estrategias y puntos de vista sociopolíticos emitidos por el Pentágono.¹⁴ En síntesis, las orientaciones de las diversas administraciones estadounidenses, en las décadas del 50 y 60, presentaron para América Latina, independientemente de variables coyunturales, un proceso de interferencia creciente, la “pentagonización”, cuyas tendencias generales pueden resumirse en:

- a) la explotación de la región a partir de las necesidades específicas del CMI;
- b) la imposición de directrices resultantes de la conexión de los intereses concretos del CMI con las justificativas ideológicas de la DSN;
- c) el enfrentamiento de todo cuestionamiento de las relaciones subordinadas y sobre la influencia e ingerencia política de EUA en cualquier país de la región;
- d) la subordinación de la capacidad de decisión política soberana de los países de la región a los intereses de la política externa norteamericana.

¹² REVELLO, Cecilia; PORRINI, Rodolfo; SCHOL, Alexis. **Las Dictaduras Militares en América Latina**. Montevideo: Las Bases, 1986. p. 15.

¹³ Idem, p. 16.

¹⁴ BAUMGARTNER, José Luis; DURAN MATOS, Jorge; MAZZEO, Mario. **Os desaparecidos. A história da repressão no Uruguai**. Porto Alegre: Tchê, 1987. p. 137.

MECANISMOS DA “PENTAGONIZAÇÃO” LATINO-AMERICANA

Las interpretaciones discrepantes sobre las últimas dictaduras del Cono Sur coinciden en el hecho de que son distintas, cualitativamente, a las anteriores. Las que se imponen a partir de los años 60 se insertan dentro de una lógica generalizada que vincula lo interno con lo externo, sobre el prisma de la amenaza del comunismo, que pone en riesgo la existencia del Estado capitalista. La DSN, con su carga de geopolítica y su noción de desarrollo y seguridad divulgada en los programas de estudio de las escuelas y academias militares y policiales de los países latinoamericanos, fundamentó la escalada autoritaria.

Concluida la Segunda Guerra y definida la lógica del nuevo confronto, las relaciones con América Latina fueron redefinidas. El memorando secreto de George Kennan (*Charge d’Affaires* norteamericano en Moscú) al Secretario de Estado indicaba sugerencias de como encaminar las relaciones con América Latina, región valorizada como “importante parte del sistema internacional no comunista” e “importante elemento de la posición estratégica de EUA en caso de guerra”, destacando el Canal de Panamá y la reserva de materias primas como “esenciales”. Reconociendo la amenaza del comunismo sobre la región, consideraba fundamental combatirlo: “[...] las actividades de los comunistas representan nuestro mayor problema en la área (ya que) ellas han procesado hasta un punto en que deben ser miradas como un problema mayor y urgente” – pues ellos, continuaba Kennan, se aprovechaban del “[...] formidable sentimiento anti-norteamericano siempre presente en cada uno de los países latinoamericanos, sin excepción”. Kennan entendía que era obligación de EUA tomar partido. Identificaba que, en ciertos casos de gobiernos fuertes con respaldo político, la ayuda debía consistir más en apoyo económico y diplomático. Entretanto, para los más frágiles (desgaste político, inestabilidad social, insatisfacción), el apoyo debía ser más drástico: “[...] debemos concebir que desagradables medidas gubernamentales de represión pueden ser la única respuesta al desafío comunista”.¹⁵

En 1946, George Kennan elaboró la Doctrina de Contención, que afirmaba que la URSS representaba una amenaza de agresión a largo plazo contra el Occidente. Kennan

¹⁵ FERNÁNDEZ, Wilson. **El gran culpable. La responsabilidad de los EE.UU. en el proceso militar uruguayo.** Montevideo: Atenea, 1986. p. 38-39.

defendía, entonces, crear diques de contención en el entorno geopolítico soviético. La dinámica de la “política de contención” exigía centralizar las diversas organizaciones de información estadounidenses que habían proliferado durante la Segunda Guerra y que funcionaban independientemente entre si. Innegablemente, la Doctrina de Contención impidió la reconversión de la estructura de inteligencia y seguridad de una situación de guerra para otra de paz. Al lado de la política de contención fue elaborada una estrategia amplia de contención global, la “Doctrina Truman”, que consistía en el apoyo a los “pueblos libres” que estaban “resistiendo” a la amenaza comunista o a las presiones externas de la URSS.

En 1947 se creó el Consejo de Seguridad Nacional (*National Security Council*-NSC), órgano del Ejecutivo para coordinar la planificación de todas las actividades de inteligencia y contrainteligencia nacionales y extranjeras. Ese organismo se tornó pieza clave en la conducción de la política externa estadounidense, inclusive en relación a América Latina. En la gestión de Henry Kissinger en ese cargo (administración Nixon), se acentuó la competición entre el NSC y el Departamento de Estado. Kissinger organizó la “Comisión de los 40”, entidad secreta directamente relacionada con actividades encubiertas e ilegales de desestabilización (el Chile de Allende fue, probablemente, el caso más ejemplar). La creación de la CIA, en la misma época, propició a EUA eficiente mecanismo de centralización, coordinación y colecta de información en el exterior. A través de esa organización fluyó, de forma encubierta, la ayuda norteamericana a policías extranjeras. Fue uno de los mecanismos permanentes más eficientes para la internacionalización de la seguridad norteamericana con los auspicios ideológicos de la defensa del “mundo libre”.¹⁶

Los EUA demoraron una década para darse cuenta de la verdadera lógica de la Guerra Fría, o sea, que la lucha entre las superpotencias no consistía en confrontación armada directa entre ellas. Con el salto cualitativo dado por la URSS al explotar su primer artefacto atómico, al mismo tiempo en que ocurría la Revolución China, el reconocimiento de la imposibilidad de utilizar la guerra tradicional como método de obtención de hegemonía militar estimuló la inclusión de nuevos recursos (propaganda, adoctrinamiento) para “contener” la influencia soviética. Fue así que se divulgó exhaustivamente la imagen

¹⁶ HUGGINS, Martha K. **Polícia e política: relações Estados Unidos / América Latina**. São Paulo: Cortez Editora, 1998. p. 86.

de una vasta conspiración, infiltración y espionaje comunista que amenazaba a toda la comunidad nacional, creando desdoblamientos complejos en la formación política, militar e diplomática.

Surge, entonces, lo que Cook denominó Estado Militarista, o sea, la subordinación creciente de la esfera política a la doctrina de la seguridad externa, abriendo espacio para interlocutores de línea dura. El comunismo, la URSS y la China eran simples disculpas para definir una profunda orientación agresiva en el plano de las relaciones internacionales. Cook afirma que el Estado Militarista

[...] se había convertido [...] en el nuevo modo de vida americano – un modo de vida que tenía todos los elementos de fantasía en escala nacional. Como pueblo, continuábamos pensando que éramos una nación amante de la paz, tal como habíamos sido en el pasado, en cuanto que, al mismo tiempo, y aún como pueblo, vivíamos de la abundancia traicionera que el Estado Militarista creara. [...] La verdad es que el Estado Militarista es un riesgo desesperado – el riesgo de poder mantener la carrera de la guerra fría, en nombre de nuestro propio *status quo* económico y de la prosperidad, también económica, sin que nos destruyéramos, a nosotros y al mundo – [...].¹⁷

Lo que Cook denomina de Estado Militarista es lo que Ramirez, analizando el impacto de esa política sobre América Latina, llama de “pentagonización”.

Para Baumgartner, Duran Matos & Mazeo¹⁸, el inicio de la “pentagonización” de los ejércitos de América Latina es en 1951, cuando de la aprobación de la citada Ley de Seguridad Mutua, que estableció préstamos de material bélico de la gran potencia para sus aliados y las correspondientes misiones de asesores. Mediante tratados bilaterales, los países latinoamericanos comenzaron a enviar oficiales a cursos de “formación” ministrados en el “Colegio Nacional de Guerra de EUA”, al “Colegio Industrial de las Fuerzas Armadas” y el “Comando Sur del Ejército Norteamericano”, localizado en la Zona Central de Panamá”. Los autores denominan este mecanismo de *norteamericanización* de los ejércitos latinoamericanos, hecho reconocido por el discurso oficial con el eufemismo de “modernización” de las fuerzas armadas. De esta manera, los ejércitos se modernizaron, profesionalizaron y asemejaron entre si en función de los objetivos de EUA, potencia dirigente del proceso.

¹⁷ COOK, op. cit., p. 148.

¹⁸ BAUMGARTNER; DURAN MATOS; MAZEO, op. cit.

La acción ideológica, directa o sublimizar, sobre la existencia de una “amenaza roja” que se proyectaba sobre Occidente, fue capitalizada por la histeria y virulencia anticomunista de la “caza a las brujas” patrocinada por el Macarthismo, manifestación que ganó el interior de EUA. La elite dirigente defendía acciones internas y externas más activas. Consecuentemente, se colocó la necesidad de reforzar militarmente a los aliados. El corolario de ese entendimiento fue el documento del Consejo de Seguridad Nacional, el NSC-68, de 1950, en el cual se afirmaba que el “[...] asalto a las instituciones libres se da ahora en términos mundiales y, en el contexto de la actual polarización de poder, una derrota de las instituciones libres en cualquier lugar representa una derrota en todas partes”.¹⁹ De esta forma, el NSC-68 reconfiguró la tesis de Kennan: la disputa por el equilibrio de poder debía ocurrir en cada lugar del mundo donde hubiesen problemas.

Un acontecimiento asustó aún más a aquellos que alimentaban la paranoia anticomunista. En 1952, Guatemala experimento la administración reformista de Arbens, quién implementó vigoroso programa de redistribución de tierra, ampliación de derechos laboristas y la nacionalización de propiedades extranjeras. Al tentar nacionalizar la *United Fruit Company* (dueña de enormes extensiones bananeras), el gobierno de EUA intervino militarmente para evitar lo que consideraba avance comunista en el hemisferio y amenaza directa para su propia seguridad nacional. la revolución guatemalteca agitó los fantasmas de los sectores duros en relación a la orientación de la política para América Latina. Visitas posteriores del vicepresidente Nixon y de Eisenhower confirmaron la existencia de un clima de hostilidad anti-estadounidense, lo que obligó a EUA a revisar su política externa para la región.

Durante los años 50, EUA implementaron la doctrina de “guerra limitada” (respuesta flexible); concepto que se consagró con las administraciones Kennedy y Johnson, particularmente en relación a América Latina. El candidato demócrata a la sucesión de Eisenhower afirmaba, en la recta final de la campaña presidencial: “Castro es apenas el inicio de nuestras dificultades en América Latina. La gran batalla será evitar que la influencia de Castro se expanda para otros países”. A pesar de la denuncia de amenaza revolucionaria, Kennedy pretendía ganar los corazones y mentes latinoamericanos a través de la colaboración económica para potenciar cambios sociales que fuesen lo

¹⁹ FERNÁNDEZ, op. cit., p. 29.

suficientemente significativos como para desarmar el “factor cubano”: “Tendremos que promover lazos más íntimos, sumarnos al deseo de esa gente por una vida mejor, si queremos evitar que la influencia de Castro crezca por toda América Latina.”²⁰ A pesar de que esas intenciones estaban en la base de la posterior ALPRO, el gobierno Kennedy abrió espacio, en su política para la región, para la acción de los sectores más duros, vinculados a la industria de guerra y sobre los cuales había sido avisado por su antecesor.

La “cubanización” regional debía ser evitada a toda costa. Kennedy inició una ofensiva que incluía: 1) la fracasada invasión militar de Bahía de Cochinos para derrumbar al régimen de Fidel Castro; 2) la comentada ALPRO, procurando reducir las tensiones sociales eran cooptadas por las organizaciones revolucionarias; 3) el aislamiento de Cuba del resto del continente (encaminado con su expulsión de la OEA); 4) la intensificación de las relaciones militares con América Latina.²¹

Los EUA, entonces, pasaron a intensificar la explotación, mediante la retórica del anticomunismo, de la figura del “enemigo interno”, elemento central de la DSN y factor de amenaza de la seguridad de la nación. A pesar de la identificación inmediata con la guerrilla, esa definición escondía un amplio abanico. Efectivamente, también fueron consideradas acciones producidas por “enemigos internos” la ocupación de instituciones de enseñanza, huelgas, ocupaciones de fábricas, publicación de materias de oposición, etc. En la práctica, se etiquetó como comunista todo movimiento de izquierda. Los programas de contrainsurgencia ordenaban combatir sin concesión al enemigo específico: el comunismo. Lo que llevó al Pentágono a considerar que las guerras de liberación en los países periféricos eran tan amenazadoras cuanto la guerra convencional; pero era necesario enfrentarlos con otros recursos. Dentro de tal percepción, un primer cambio fue la valorización del papel que cabía a las fuerzas políticas locales como sistemas de detección de esos movimientos, antes que asumiesen la forma de rebelión. El gobierno Kennedy tuvo papel decisivo al propiciar la aproximación de la CIA con los programas específicos de entrenamiento de la policía.²²

²⁰ SCHOULTZ, Louis. **Estados Unidos: poder e submissão. Uma história da política norte-americana em relação à América Latina.** Bauru, SP: EDUSC, 2000. p. 393.

²¹ HELLER, Claude. Las relaciones militares entre los Estados Unidos y la América Latina: un intento de evaluación. In: HELLER, Claude (comp.). **El Ejército como agente de cambio social.** México: Fondo de Cultura Económica, 1980. p. 121.

²² HUGGINS, op. cit., p. 14.

En 1960, afirma Kennedy frente al Congreso:

[...] la seguridad del Mundo Libre puede ser amenazada no sólo por un ataque nuclear sino, también, por su lento debilitamiento en la periferia – a pesar de nuestra capacidad estratégica -, por las fuerzas de la subversión, la infiltración, intimidación, agresión encubierta e indirecta, revolución interna, chantaje de lunáticos, guerra de guerrillas o una serie de guerras limitadas.²³

Cuando, en 1961, la administración Kennedy alteró la orientación de defensa hemisférica para seguridad interna, el Pentágono creó las Fuerzas Especiales del Ejército (Boinas Verdes) para combatir la amenaza guerrillera latinoamericana. *Experts* estadounidenses fueron distribuidos por toda la región y se multiplicaron y ampliaron las escuelas militares en Estados Unidos y la Zona del Canal para recibir mayor número de oficiales latinoamericanos. Paralelamente, equipos de acción cívica de ingenieros militares de EUA construían la infraestructura física necesaria en áreas consideradas vulnerables. Ese importante cambio de orientación dislocó el límite de la política externa de EUA: de tolerar la “vorágine y la crueldad de los militares latinoamericanos” pasó a tener “complicidad directa” en los métodos represivos utilizados, los cuales se transformaron en importante ingrediente de la política Kennedy para América Latina, independiente de la aplicación, al mismo tiempo, de la estrategia de la ALPRO.²⁴

La táctica de guerra limitada, en América Latina

[...] desarrolló como su principal táctica, la guerra anti-subversiva, la cual condujo por un tipo de entrenamiento militar que derivó en la usurpación de la función política por parte de los militares, cuya meta fue diseñada como la de asumir la responsabilidad del orden y estabilidad política internas en sus respectivas naciones.²⁵

Todavía, el involucramiento de EUA en los eventos del sudeste asiático, mostró las limitaciones y dificultades de enfrentar una situación que le exigía responsabilidades onerosas (materiales, humanas y políticas). En función de esa experiencia aplicaría, en América Latina, una especie de “intervención indirecta” donde lo fundamental era tener influencia y control sobre las decisiones políticas del liderazgo civil-militar de los distintos

²³ TAPIA VALDÉS, Jorge A. **El Terrorismo de Estado - La Doctrina de Seguridad Nacional en el Cono Sur**. México: Nueva Imagen, 1980. p. 50.

²⁴ CHOMSKY, Noam. **Camelot. Os anos Kennedy**. São Paulo: Scritta, 1993. p. 194.

²⁵ TAPIA VALDÉS, op. cit. p. 52.

países.²⁶ Considerando que América Latina era una zona de seguridad sensible para EUA, lo que aquí ocurría decía respecto, también, a la seguridad norteamericana. El establecimiento de un gobierno hostil no podía ser tolerado porque la falta de estabilidad política y de orden socioeconómica podía producir un efecto dominó, como ya se había delineado con la Revolución Cubana. Por eso, sin la “intervención directa”, EUA adoptó tácticas destinadas a evitar la inestabilidad, mediante el desenvolvimiento económico y la imposición del orden.²⁷

La “doctrina de la contrainsurgencia” fue el corolario de la aplicación de la guerra limitada y en términos operacionales se asentó en operaciones descentralizadas, comunicación y unidades móviles. En términos de equipamiento, la guerra limitada significó adquisición de vehículos ligeros y armas livianas. Hubo una profunda reorientación de entrenamiento y de oferta de infraestructura y preparación militar.

Particularmente, hay que recordar que la formación y entrenamiento de oficiales latinoamericanos tuvo un componente adicional: la incorporación de muchos de ellos, en un futuro próximo, en cargos y funciones estratégicos en sus respectivos países (como de hecho ocurrió). La optimización de las relaciones y la convivencia de esos oficiales con militares estadounidenses, durante su entrenamiento, posibilitaron la incorporación de valores del *american way of life*, lo que facilitó futuras relaciones entre EUA y los diferentes países latinoamericanos - incluso, dentro de la lógica de garantizar mercados. Sea por el convencimiento doctrinario o por el pragmatismo del apoyo estadounidense a la futura colocación estratégica de esos oficiales en cargos de comando, las ventajas del “intercambio”, fueron múltiples. En su instrumentación más estratégica, permitió – además de tenerlos como clientes cautivos de equipamientos militares - depurar las Fuerzas Armadas locales de oficiales poco confiables o reconocidamente hostiles a las orientaciones de la superpotencia y a las directrices de la DSN.

De hecho, la mayor parte de los militares que pasaron por los cursos ministrados por EUA participaron de los golpes de Estado en sus respectivos países o se sumaron a la dirección de los regímenes de Seguridad Nacional ya existentes. Por tanto, se puede afirmar que las escuelas de entrenamiento e instrucción funcionaron como un “semillero de

²⁶ Idem, p. 53.

²⁷ Idem, p. 58.

reposición” de cuadros militares dirigentes bien como correa de transmisión del nuevo papel destinado a las Fuerzas Armadas. Papel este cargado, en líneas generales, de valores y objetivos cultivados a través de la DSN. El protagonismo político de esos oficiales en el futuro fue un factor con el cual EUA pudieron contar en la hora de reafirmar los compromisos comunes en nombre de la defensa e de la seguridad interna.

El gobierno Kennedy buscó resaltar su lado negociador y democrático para resolver los dilemas y amenazas sentidos por la política externa norteamericana. La propaganda alrededor del programa de la ALPRO y la mistificación suscitada después de su muerte se encargaron de esconder su responsabilidad en la escalada militar de la región. Así, en enero de 1963 afirmaba:

[...] es difícil a cualquier nación concentrarse en una amenaza externa o subversiva a su independencia, cuando sus energías son drenadas en la lucha diaria con las fuerzas de la pobreza y del desespero. No hace sentido atacar, en discursos y resoluciones, los horrores del comunismo, gastar cincuenta mil millones de dólares por año para impedir su avance militar y, después, resistir a gastar, generalmente a través de productos americanos, menos de la décima parte de esa cuantía para ayudar otras naciones a fortalecer su independencia y curar el caos social donde el comunismo siempre floreció.²⁸

Kennedy comprende el origen social de las simpatías recibidas por las ideas foráneas (subversivas) en la región. De cierta forma, justifica las directrices de la ALPRO, cuestionada por algunos núcleos internos del *establishment* de su país. Un año antes informaba sobre el suceso de los medios de propaganda utilizados en la conquista de los corazones y mentes de la región cuando decía: “Aumentamos en doce veces [...] nuestras irradiaciones en lengua española y portuguesa para América Latina”.²⁹ Un año después acrecentaría que

[...] nuestra Agencia de Información duplicó la fuerza de irradiación en ondas cortas de la Voz da América, y aumentó el número de horas de transmisión, en 30 por ciento, y en lengua española – para Cuba y América Latina – de una para nueve horas diarias; de siete veces para más de 3,5 millones de ejemplares – el número de libros americanos que están siendo traducidos y publicados para lectores de América Latina; y un sin

²⁸ Tercer Mensaje sobre la situación de la Unión, proferida en 14 de enero de 1963. KENNEDY, John. O Peso da Glória. 2° ed. São Paulo: Edições Melhoramentos, 1965. p. 43.

²⁹ Segundo Mensaje sobre la situación de la Unión, proferida en 11 de enero de 1962. In: KENNEDY, idem, p. 29.

número de otras providencias para llevar el mensaje de la verdad y de la libertad a los lugares más lejanos de la Tierra.³⁰

El equilibrio entre ayuda económica y militar hizo parte de sus discursos sobre América Latina y ciertamente fue blanco de disputas políticas internas cuanto a la orientación a seguir:

[...] Dólar por dólar, dentro o fuera del gobierno, no hay mejor forma de inversión, para nuestra seguridad nacional, que el muy criticado programa de ayuda al exterior. No podemos perderlo. Podemos mantenerlo. Tenemos, seguramente, recursos para, por ejemplo, hacer, por nuestros diecinueve vecinos necesitados de América Latina, tanto cuanto el bloque comunista está haciendo solamente por la isla de Cuba. Hablé de fuerza, en gran parte, en términos de represión y resistencia a la agresión y al ataque. Pero, en el mundo de hoy, se puede perder la libertad sin deflagrar un tiro; por medio de elecciones, tanto cuanto por medio de balas.

Se nota, aquí, la duplicidad del discurso: “El éxito de nuestro liderazgo depende del respecto por nuestra misión en el mundo, y también por nuestros misiles; depende de reconocer, más claramente, las virtudes de la libertad y los males de la tiranía”.³¹ Se destaca, así, el uso del factor militar como justificador de la misión de EUA en el mundo: la defensa de la democracia, de la civilización cristiano-occidental y de la libertad. Tamaño énfasis colocada en la defensa de los valores democráticos no era más que recurso propagandístico para consumo interno. Concretamente, la actuación de EUA en la periferia, durante la administración Kennedy, señaló el recrudescimiento de relaciones con países considerados hostiles o poco confiables, como en el caso de Cuba.

Noam Chomsky cuestiona los efectos “democratizadores” de la política externa de Kennedy para América Latina; va más lejos, aún, al mostrar las profundas ligaciones de esa administración con el CMI. No tiene sentido, dice, contraponer Kennedy a los intereses del CMI. Al final del mandato de JFK, más del 78% de todo el financiamiento para la investigación y desarrollo científico provenía del gobierno federal y era destinado, principalmente, para el sector militar-espacial y para el “sector privado”.³²

La administración Johnson dio continuidad a las directrices de Kennedy, pero

³⁰ Discurso no pronunciado, dirigido al consejo de ciudadanos de la asamblea y del centro de diplomados en investigaciones científicas del sudeste, en Dallas, divulgado en 22 de noviembre de 1963 [fecha de su asesinato]. In: KENNEDY, op. cit., p. 256.

³¹ Idem.

³² CHOMSKY, op. cit., p. 190.

explicitando una intencionalidad aún más amenazadora, pues, de forma más abierta, rechazaba el reconocimiento del derecho de autodeterminación de los pueblos, como al menos, aparentemente, había sido colocado por la administración anterior. Paulo Schilling agrega, como específico de la administración Johnson para América Latina, el apoyo a la asociación de los monopolios norteamericanos con las burguesías nacionales, objetivando el control total de los centros industriales transformando los ejércitos locales en organizaciones de policía-política, para la preservación del orden nacional e “impedir el surgimiento de una nueva Cuba”.³³

Curiosamente, pocos años después, la Misión Rockefeller, atendiendo pedido del presidente Nixon, al concluir que era necesario aumentar el intercambio económico con el argumento de ayudar a los pueblos de la región retomaba un argumento de la ALPRO. Entretanto, también indicaba que podía ser necesario tener que aceptar fórmulas políticas que podían estar en desacuerdo con el decantado ideal de democracia estadounidense:

Pocos de estos países, además, han alcanzado [...] sistemas económicos y sociales necesarios para apoyar una organización política consistentemente democrática. Para muchas de esas sociedades, por tanto, [lo que precisan] es menos de democracia, o ausencia democrática, de que simplemente una manera de vivir en orden.³⁴

Rockefeller reconocía que el mayor dilema de EUA era de “[...] como poder cooperar para atender a las necesidades básicas de los pueblos del hemisferio, a despecho de desacuerdos filosóficos que podamos tener con la naturaleza de regímenes específicos”.³⁵ Considerando el referido discurso de defensa de la democracia y de la libertad, es posible antever “señal verde” para la instalación de regímenes autoritarios. O sea, la forma del régimen no debía impedir a los monopolios estadounidenses desaprovechar oportunidades económicas. “Los EUA no pueden renegar su compromiso de contribuir para la mejora de la vida de los pueblos del Hemisferio solo porque discordamos de su gobierno”.³⁶ En su momento, esta afirmación fue anacrónica, pues ya existían dictaduras de diversos tipos en la región (Brasil, Argentina, Nicaragua, Haití, etc.), y las

³³ SCHILLING, Paulo. **De la Doctrina Monroe al Informe Rockefeller**. Montevideo: Tierra Nueva, s. d., p. 109.

³⁴ ROCKEFELLER, Nelson. **As Condições de Vida nas Américas. Relatório de uma Missão Presidencial dos Estados Unidos ao Hemisfério Ocidental**. Rio de Janeiro: Record, s. d. p. 62.

³⁵ Idem.

³⁶ Idem, p. 63.

relaciones de Washington con ellas no eran conflictivas. Muy al contrario.

CONCLUSION

La deterioración de la situación económica de América Latina FUE simultánea al aumento de las presiones que EUA ejercieron sobre los gobiernos de la región para garantizar sus intereses económicos y geopolíticos, especialmente a partir de la Revolución Cubana. En este sentido, es importante reafirmar la acción de la “pentagonización” de América Latina, que a pesar de tener raíces profundas se intensificó en el contexto de la Guerra Fría.

La ayuda militar de EUA a los gobiernos aliados o “amigos” a través de la donación o venta de material bélico y entrenamiento militar persistió y persiste en el tiempo. Eso ha sido fundamentado de dos formas:

- 1) a través de los argumentos de la DSN cuanto a la superposición y a la complementación de la seguridad externa norteamericana con la seguridad interna de región mediante la percepción de una amenaza comunista de ámbito local, lo que llevó a convertir la estrategia de la defensa hemisférica contra un enemigo externo, en seguridad interna de cada país contra esa amenaza (o sea, dentro de sus fronteras nacionales).
- 2) a través de los programas de ayuda posibilitó que EUA se desobligasen de una intervención directa y en gran escala como la costosa experiencia del sudeste asiático. Un involucramiento semejante y simultáneo en aquella región y en América Latina podría haber constituido un factor de altísimo riesgo para la estabilidad de la superpotencia. Por tanto, las líneas de auxilio fueron vitales para sostener aliados regionales y permitir, a EUA, prudente distanciamiento de los hechos de la región.

Los eventos confirmaron que la creciente militarización de América Latina resultó también de la naturaleza de la ayuda de EUA. Efectivamente, la contribución de las escuelas policiales y militares estadounidenses, en vez de tornar las fuerzas de seguridad locales más humanitarias y respetuosas de los derechos humanos, paradójicamente, estimularon un comportamiento opuesto. En vez de promover la democracia y la justicia en

la región - cuya defensa delante del “enemigo interno” fue justificada como una actitud de coherencia con los principios y el código de valores inherentes al mundo occidental -, los planes y programas de seguridad interna transformaron las policías y los ejércitos latinoamericanos en fuerzas auxiliares al servicio de la intensificación de la explotación interna y de la desnacionalización de las estructuras económicas en beneficio de los intereses de EUA y de sus aliados locales.³⁷

Llamadas a proteger el capital y la propiedad privada, la irrupción de las Fuerzas Armadas en el orden interno fue antecedido por mecanismos políticos y jurídicos que reconocían la deterioración de las relaciones internas y justificaban la intervención autoritaria en andamiento. Al priorizar la seguridad, los gobiernos tuvieron que dirigir su potencial militar de acuerdo con los desafíos de la “guerra interna”. Innegablemente, la necesidad de restringir el impacto de la Revolución Cubana llevó EUA a profundizar el proceso de “pentagonización” y a instruir los gobiernos de la región en la acción contrainsurgente. La evaluación de los desdoblamientos del proceso cubano definió la promoción del desarrollo económico y de la modernización de la sociedad latinoamericana en los moldes defendidos por la ALPRO, paralelamente a la proposición de la contrainsurgencia, opción preponderante a mediano plazo, siempre resaltando que su actitud decorría de la necesidad de fortalecer la democracia latinoamericana.

El asesinato de Kennedy no alteró, en su esencia, la política externa de EUA en la región, a pesar de que la insuficiencia de resultados de la ALPRO y la radicalización social creciente reforzasen la estrategia contrainsurgente. La administración Johnson asumió una política más agresiva. La posibilidad de “cubanización” de América Latina fue considerada inaceptable por EUA, que, dentro de ese marco, respaldaron el golpe de Estado en Brasil y promovieron la invasión de la República Dominicana, acontecimientos en sintonía con su creciente y brutal intervención en Vietnam, sobre el interés directo de los sectores monopólicos estructurados en el CMI.

Por otro lado, los oficiales que se sometieron a los programas de entrenamiento no fueron el único mecanismo de influencia estadounidense. Hubo, también, la acción desempeñada por edecanes militares localizados en las embajadas de la región, cuadros que, en general, estuvieron en contacto directo con contrapartes locales, alimentando

³⁷ HUGGINS, op. cit.

circuitos - poco visibles - de información y colaboración con sus interlocutores, sobretodo en momentos de radicalización interna. Esos funcionarios militares desempeñaron variada gama de tareas: información, instrucción de unidades locales, promoción y venta de armamento, espionaje, etc. O sea, incorporaron un doble carácter estratégico: la defensa de los intereses de EUA y el ejercicio de influyente papel en la orientación de las políticas interna y externa del país hospedero. Su papel de ligación y su actuación directa fue perceptible en varios de los golpes de Estado que culminaron en la implantación y consolidación de Estados de Seguridad Nacional en América Latina.

En síntesis, el CMI y la DSN formaron la estructura material e ideológica que basó el funcionamiento de los otros mecanismos de la “pentagonização”, tanto de aquellos vinculados a la correa de transmisión militar (las escuelas de instrucción contrainsurgente y la red de actividades encubiertas controlada por la CIA), cuanto de los relacionados a la política (caso de las proposiciones de la ALPRO o de las recomendaciones de la Misión Rockefeller). Esos fueron los principales factores externos que se interrelacionaron con las dinámicas internas de los diversos países de América Latina en el contexto de los años 60 a 80, en ciertos casos como elementos dominantes y, en otros, como complementares.